

UNIVERSIDAD NACIONAL  
DE EDUCACION A DISTANCIA

SEMINARIO "MILLARES CARLO"

**DON JUAN DE IRIARTE:  
LATINISTA Y HELENISTA**

(CONFERENCIA)

por

AGUSTIN MILLARES CARLO

**BIG  
860-5  
MIL  
don**

CENTRO REGIONAL DE LAS PALMAS

1981

UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
LAS PALMAS DE G. CANARIA  
Nº Documento.....106953.....  
Nº Copia.....376977.....

**ANEXOS DEL «BOLETIN MILLARES CARLO»**

**1**

AGUSTIN MILLARES CARLO

DON JUAN DE IRIARTE:  
LATINISTA Y HELENISTA

U. N. E. D. CENTRO REGIONAL DE LAS PALMAS

Depósito Legal G. C., 57—81  
Imprenta Lezcano. Tomás Morales, 15.

UNIVERSIDAD NACIONAL  
DE EDUCACION A DISTANCIA  
SEMINARIO "MILLARES CARLO"

**DON JUAN DE IRIARTE:  
LATINISTA Y HELENISTA**

(CONFERENCIA)

por  
AGUSTIN MILLARES CARLO

CENTRO REGIONAL DE LAS PALMAS

1981

## NOTICIA

La conferencia «*Don Juan de Iriarte: Latinista y helenista*»  
fue pronunciada por su autor el mes de noviembre  
de 1978 en el Círculo Mercantil de Las Palmas.

## NOTA PRELIMINAR

Es propósito del Seminario «Agustín Millares Carlo» del Centro Regional de la UNED de Las Palmas acometer la publicación de la obra completa del polígrafo canario, magna empresa que será ofertada a las entidades pertinentes y en la que los miembros del citado departamento, con desinteresada devoción hacia quien fue su director, ya han dado unos primeros pasos de avizoramiento y clasificación.

Este volumen, que inaugura los *Anexos* del «Boletín Millares Carlo» —justo cuando se cumple el primer aniversario de la muerte de su fundador—, acoge mínima parte de un material, ordenado —según aquel proyecto— en carpetas que llevan el rótulo y epígrafe siguientes: Documentos orales. Conferencias. Temas Canarios. Se ha pensado que la exhumación de cualquier texto de los allí contenidos era la mejor manera de reproducir el habla viva y el talante humano, en suma, de don Agustín. Quienes en los últimos años tuvimos la suerte de atesorar por este medio su sabiduría, podríamos ratificar la noticia de que esas ocasiones constituían auténticas fiestas para el espíritu. Don Agustín no enfatizaba sus intervenciones públicas: el tono de éstas era prolongación del de sus conversaciones cotidianas, salpimentadas de liberalidad y coronadas, frecuentemente, por alguna oportúnísima sentencia latina, traída al hilo del diálogo. Don Agustín supo y pudo conjugar el rigor y los placeres del doceat; experto en varias disci-

*plinas humanísticas, siempre tuvo la exquisita deferencia de disimular unos saberes que quedaban largamente probados en los anaqueles de los especialistas. Su extensa bibliografía —en muchos sentidos comparable a la de su amigo Alfonso Reyes— delinea en él no sólo los vastos intereses del filólogo a la antigua usanza, como reconstructor de las vías hacia el helenocentrismo, sino los intereses no menos acuciantes del reconstructor de las sendas humildes de las culturas marginales. Esta atención a las conjunciones culturales —y de ahí la asociación con el sentido de la obra de Reyes— queda nítidamente ilustrada en esta conferencia, texto en el que se reivindica la participación de un coterráneo en el festín de la universalidad.*

*No se conserva el borrador de la conferencia que ahora publicamos; la redacción definitiva se distribuye en dieciseis holandesas dactilografiadas a una sola cara, numeradas en el ángulo superior derecho, y sobre las que el autor realizó algunas correcciones de última hora que afectan a la secuencia de agradecimiento y cortesía. Hemos omitido cualquier observación a pie de página sobre éstos u otros aspectos, por corresponder con esa linealidad respiratoria que en vivo soslayaba extremadas puntualizaciones. De nuevo, tiene la palabra don Agustín.*

EUGENIO PADORNO

Señor presidente del Círculo Mercantil; señores de la Junta directiva de la misma entidad; señoras y señores:

Grata, gratísima y auténtica sorpresa nos produjo el acuerdo de esta benemérita entidad de designar miembros de honor a don José Miranda Guerra, a título póstumo, a don Juan Bosch Millares y a quien en estos momentos les dirige la palabra. Han dispuesto las circunstancias que seamos precisamente nosotros quienes sin méritos, no ya para recibir tan grande cuanto preciada distinción, pero ni siquiera para pronunciar esta breve acción de gracias, seamos los encargados de hacernos eco así, de la emoción con que los hijos de don José, al que hubimos de conocer y estimar en la medida de lo mucho que significó por su probidad científica y profesional, sólo comparable con su ejemplar modestia, como de los sentimientos que sabemos dominan en estos instantes a un hombre como el doctor Bosch Millares, en quien, sin que nos ofusque el afecto que le profesamos y la gratitud que le debemos, admiramos al médico, al historiador, al antropólogo y al literato. Quisiéramos en la hora presente traer a cuento la palabras con las que un crítico de tan altos merecimientos como Juan Rodríguez Doreste puso de relieve las calidades científicas y humanas de Bosch Millares, cuando subrayó el acierto del Museo Canario al colocar su retrato en el vestíbulo del edificio que alberga las actividades culturales de la docta entidad. El clásico decía que su ma-

yor ilusión era verse elogiado por un varón también elogiado («Cupio laudari a laudato viro»), y si tal deseo es quizá el más noble para quienes sólo nos interesan ya las actividades del espíritu, puede decirse que nosotros lo hemos plenamente alcanzado, pero con una diferencia esencial, y es que en tu caso, Juan, aquella exaltación laudatoria fue reflejo de la verdad; y en el nuestro, al recibir distinción análoga, lo fue tan sólo de la benevolencia.

Ahora repetiremos otro tanto; y no ciertamente por falsa modestia, pues cuantas veces, y son muchas, nos acontece meditar sobre la labor realizada, otras tantas se nos representa la insignificancia de una tarea que nunca aspiramos a que fuese creadora, sino, por así decirlo, auxiliar de trabajos ajenos de mayores alientos, que acaso acariciamos un día como de posible realización propia. Así que, bien mirados las cosas, y por lo que a nosotros personalmente hace, nuestra gratitud se acrecienta, y recibimos con auténtica emoción este nombramiento que tanto nos honra.

\* \* \*

Nos proponemos, señoras y señores, en la exposición de hoy, estudiar someramente (ya que el breve espacio de tiempo de que disponemos y el temor de cansar la atención de Vdes., que adivinamos benévola, no consienten hacerlo con mayor detenimiento) la personalidad de don Juan de Iriarte como latinista (en su doble aspecto de preceptista de la lengua del Lacio y de autor de escritos en este idioma, lo mismo en prosa que en verso), y como helenista, no sin referirnos, aunque sólo sea de pasada, a las ideas de nuestro personaje sobre el arte de la traducción y a algunas de sus realizaciones en este aspecto. Pero antes de entrar en mate-

ría, nos permitiremos algunas consideraciones, que referidas de modo genérico a las influencias clásicas en nuestra literatura, y aun por vía de comparación y de complemento en las extrañas, nos ayudarán a precisar, por una parte, el verdadero alcance de esas influencias y nos servirán, por otra, como introducción al examen rápido que intentamos hacer de la obra tan varia e interesante de nuestro humanista.

Observamos antes que nada que en un estudio de las influencias greco-latinas sobre una literatura determinada no es aconsejable atrincherarse en posiciones exclusivistas, ni empeñarse en desconocer otras importantes, con independencia de las clásicas. El viaje del valiente por el Infierno, que se ha querido presentar como un tema elaborado a lo largo de la literatura griega, es un ejemplo mal elegido, ya que la expresión máxima de ese motivo, o sea la *Divina comedia*, se enlaza mucho más estrechamente con las versiones árabes que con las grecorromanas, como lo demostró en su día el libro de Asín Palacios sobre la escatología musulmana en la epopeya dantesca. Señalemos asimismo que tampoco sería justo rebajar en punto a extraños influjos en nuestras letras el papel judeo-cristino. El horacionismo de Fernando de Herrera, pongamos por caso, es indudable; pero sus dos obras maestras («Canción por la victoria de Lepanto» y «Canción por la pérdida del rey don Sebastián») son bíblicas y no horacianas. Las traducciones e imitaciones que fray Luis León hizo de Virgilio y de Horacio, por ejemplo la del *Beatus ille* de este último en su conocida oda a la tranquilidad de la vida del campo, con ser notabilísimas, aún las superan las que hizo de la Biblia; y aunque suele graduarse de pindárico el poema de Milton a la Natividad, se conforma más con la realidad ver en él una obra, no sólo poetizada al arrimo del Evangelio, sino compenetrada con la poesía del Antiguo Testamento.

Con estas salvedades, elegidas entre otras muchas, ya nos es lícito hablar del poder de estímulos y de fermentación renovadora con que en muy distintas épocas y pueblos actuó la Antigüedad clásica, y poner de relieve cómo el aliento creador que acompaña a su influencia está, por lo común, muy lejos de indentificarse con una retórica inerte.

Obras relativamente recientes, que tratan con generalidad el problema que nos ocupa, lo dejan insuficientemente examinado en punto a la literatura en lengua española. Sorprende ver cómo Higuete, en un libro tan documentado en otros aspectos, dé la sensación de que la herencia clásica, menos importante, si se quiere, en España que en Italia o en Inglaterra, es algo misérrimo; que el nombre de Quevedo no aparezca ni una vez en sus páginas, y que Góngora, a escasa distancia de los trabajos de Lucien Paul Thomas, de Alfonso Reyes, de Dámaso Alonso y de otros, no sea más que uno de los autores «que deformaron el lenguaje y el pensamiento», ni se haya acertado a ver en sus poemas líricos no sólo lo mejor y más típico que produjo nuestra poesía barroca, sino la enorme penetración en ellos del elemento greco-latino. La fascinación de lo clásico se ejerce desde Alfonso X el Sabio en el siglo XIII, perdura con intensidad mayor o menor en la centuria siguiente, culmina con el Renacimiento, y lejos de extinguirse en tiempos más recientes, antes se aumenta y acrisola. La investigación moderna, por otra parte, armada con todos los recursos de la erudición, capta y hace revivir las huellas de los grandes autores y aun las de los de segunda fila en la literatura de lengua hispánica a lo largo de su historia. Citemos sólo, por vía de ejemplo, el estudio de Giuliani sobre Marcial y el epigrama en España, libro que nos pone ya en contacto con Iriarte.

Nacido éste el 15 de diciembre de 1702 en el Puerto

de la Cruz de La Orotava fue enviado por su progenitor a París en 1713, cuando contaba once años de edad; pasó luego a Ruán, y de sus tempranas aficiones tenemos un explícito testimonio en las incompletas memorias que relativas a su niñez y primeros estudios comenzó don Juan a escribir en 1762. Desde entonces, le vemos ya inclinado al estudio de la poesía latina: «La dulzura cadenciosa de sus versos —nos dice—, lo majestuoso de las expresiones; lo atrevido de la invención, tan suavemente atrajo y cautivó mi fantasía, que experimentaba un increíble deleite en consagrar a él todas mis tareas y desvelos, bien que sin perjuicio de la aplicación debida al estudio de la prosa. Y así, dedicándome atenta y continuadamente a la lectura de Cicerón y de Virgilio, como príncipes de la elegancia romana, me esforzaba en seguirla norma de sus preceptos». De regreso en París, ingresó Iriarte en el Colegio Luis el Grande, donde por tiempo de ocho años tuvo trato continuo con el latín y con el griego, lenguas que alcanzó a dominar con envidiable maestría. Transcurrido el tiempo indicado, y tras de breve permanencia en su isla natal, pasó Iriarte a Madrid con intención de estudiar la carrera de Jurisprudencia. Asiduo concurrente a la sala de lectura de la Real Biblioteca, lo mejor de su vida y lo más notable de su producción erudita iban a vincularse a esa institución, dirigida entonces por el historiador don Juan Ferreras Nombrado oficial escribiente en 1729, y bibliotecario tres años más tarde, puede decirse que así por brillante inteligencia, como por el conocimiento de las lenguas clásicas y, entre las modernas, del inglés y del francés (luego volveremos sobre este punto), no hubo tarea delicada que no se le encomendara. El segundo de los nombramientos aludidos comportaba la especialidad en bibliografía, disciplina que, a la sazón en mar-

tillas, no tardaría en sujetarse a los métodos rigurosos preconizados por el autor de la *Biblioteca americana vetustissima* y por el insigne compilador de ese monumento de erudición literaria que es el *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos* de don Bartolomé José Gallardo. En este aspecto queremos llamar la atención sobre los detalles minuciosos, en cierto modo precursores del método mencionado, con los que Iriarte procedió a describir los libros, objeto de su ponderada crítica en las páginas del *Diario de los literatos de España*. Prescindiendo, en gracia a la brevedad, de otros importantes trabajos de nuestro compatriota como bibliotecario, puede decirse que el de mayores vuelos es indudablemente el catálogo de los manuscritos griegos de la entonces regia biblioteca, del que luego tendremos ocasión de ocuparnos. Tantos y tan variados servicios, desempeñados con raro acierto, valiéronle a Iriarte el nombramiento en 1742 de oficial traductor de la Primera Secretaría de Estado y del Despacho, cargo que desempeñó hasta su fallecimiento, acaecido el 23 de agosto de 1771, a los 61 de su edad.

Cuando don Juan Eugenio Hartzembuch, con ocasión de prologar el *Diccionario de galicismos* del venezolano Rafael María Baralt, la emprendió justicieramente con la turbamulta de temerarios traductores, debió, y no lo hizo, referirse por contra partida a nuestro Iriarte, y a la labor de saneamiento y depuración del idioma patrio emprendida por él en las páginas del citado *Diario de los literatos de España*. Es aquí, donde siquiera de pasada, expuso don Juan sus ideas acerca de las características de una traducción digna de este nombre. Y así, en la crítica de la versión del francés del *Mercurio histórico y político*, publicada por don Salvador José Mañer, contumaz contradictor del padre Fei-oo, disimulándose tras el seudónimo de Mr. Le-Marg-

ne, escribe: «Todo el mundo está de acuerdo en que las primeras y más principales reglas de una traducción buena deben ser la perfecta inteligencia de ambos idiomas, la cabal penetración de los pensamientos del autor traducido, la habilidad de trasladarlo con pureza y energía, la fidelidad, la brevedad clara y otras». Y en otro lugar de la misma revista, al enjuiciar la versión castellana de las obras de Ovidio por don Diego Suárez de Figueroa, alude al punto, justamente controvertido entre los profesores de erudición y buenas letras, de si los poemas deben traducirse en prosa o en verso; y después de exponer los argumentos en pro y en contra de ambos criterios, deja a otros la solución de este problema, limitándose a concluir «que es cierto que una obra poética no puede dejar de perder, llegando a ser traducida, de cualquier modo que sea su traducción, especialmente en prosa literal», bien que éstas, como, valga por caso, la declaración de Diego López sobre Juvenal y Persio, lejos de proponerse primores literarios «no llevaron otro fin que el de facilitar la inteligencia de los poetas a la rudeza de los principiantes».

Con verdadero deleite —no digamos sólo provecho— se leen las páginas que Iriarte consagra a poner en los dislates del pretendido Mr. Le-Margne, dislates que se dispone a hacer tan evidentes, que atraerán a su sentir aún a los «más amartelados—escribe—del *Mercurio* y de su traductor». Al punto se echa de ver por este escrito que Iriarte hallábase imbuido de la norma por él propuesta, o sea el cabal conocimiento de las dos lenguas que entran en juego en una versión. Sus interpretaciones son de una precisión no sorprendente en quien, aun educado en Francia como él, frecuentó asiduamente desde sus años juveniles el trato con los clásicos españoles; a lo que se añade una fina ironía de la mejor ley. Citemos un par de ejemplos. Cuando Mañer, al

hablar de los varios regalos que se le habían ofrecido a la reina de las dos Sicilias con ocasión de su viaje a Nápoles, dice, mal traduciendo, que uno de ellos consistía en «un desierto de cristal, hecho en forma de jardín», comenta nuestro humanista donosamente: «Los no inteligentes en la lengua francesa se verían aquí muy apurados, sin saber cómo componer *un desierto de cristal y una forma de jardín*; pero los que tuvieran un mediano conocimiento de aquel idioma, saldrían brevemente del cuidado, y conocerían que el error y falta de sentido que aquí padece el señor Mañer, dependió de ignorar indebidamente lo que significa la voz francesa *dessert*, que es el ramillete que se sirve por postres en las mesas espléndidas y delicadas». No menos graciosa es la interpretación del mismo Le-Margne al pasaje en que el original francés del *Mercurio* daba cuenta de que la electricista viuda de Toscana había hecho, valiéndose de los mejores orfebres florentinos, «*monter à neuf*» todas las joyas de la casa de Médicis». ¿*Monter à neuf*? se dijo el dómine intransigente, quien en su *Antiteatro crítico* había pretendido notarle al autor de las *Cartas eruditas* no sé cuantos errores y deslices, contados por las márgenes; ¿*monter à neuf*?, pues «subir (que es la significación literal del verbo «monter») de nuevo las joyas», etc. Y comenta el implacable don Juan: «Bien creemos son muchos los que se quedarían en ayunas del uso o maniobra que esta señora hizo con aquellas joyas, y que «el subir de nuevo» no los instruyó ni aun por sospecha. Otro que dijese «engastar nuevamente», hubiera mirado mejor por la instrucción de sus lectores y por sus propios aciertos.»

La labor como latinista de Iriarte se proyecta (prescindiendo de sus traducciones ora de otros autores, ora de sus propias obras) en dos direcciones: como preceptista de la lengua del Lacio y como cultivador de ésta en verso y prosa.

La primera edición de la *Gramatica latina escrita con nuevo método y nuevas ilustraciones en verso castellano con una explicación en prosa* salió al público en Madrid, de la Imprenta de Pedro Marín, en 1771. Don Bernardo de Iriarte, en la nota biográfica que precede al texto de esta obra, anota el dato de que su autor, «después de haber leído con reflexión y repetidas veces los autores clásicos latinos, extractó en más de 600 pliegos (que existen) de anotaciones, de letra menuda, todas las voces y frases más particulares que en ellas observó, advirtiendo a veces los extraños accidentes, usos y regímenes de las partes de la oración, y a veces aclarando lugares oscuros o mal entendidos por los comentadores». Aunque no conocemos la época de estos Apuntamientos, es de presumir que con ellos acopiaba Iriarte materiales para la obra mencionada, en cuyo prólogo toca ya una cuestión que no ha perdido actualidad, cuando con referencia a algunos críticos, especialmente franceses, quienes, adversarios de las muchas reglas, remitían preferentemente al uso, escribe que los tales no advertían «que las reglas vienen a ser un resumen de éste, y que la multitud de preceptos no es culpa de los maestros, sino de la lengua misma, por ser muy varia y difusa»; palabras notables que deberían tenerse presentes cuando se trata de paliar las dificultades de un idioma como el latino, y de simplificar lo que de suyo es complejo y erizado de problemas. El hecho mismo de que, al modo de otros tratadistas, eligiese Iriarte el verso, es a saber, redondillas, coplas con asonancia solamente y romances, para la exposición de las normas, bien que complementando éstas con observaciones en prosa, nos está indicando que la finalidad del autor era construir un método práctico y nemotécnico para el aprendizaje de la traducción del latín al castellano, y aun de la redacción y conversación en el primero de

estos idiomas. Explica asimismo nuestro autor las novedades por él introducidas, en contraposición con los métodos hasta entonces en uso, en particular el *Arte* de Antonio de Nebrija, paradigma, como dice Menéndez Pelayo, de la normativa tradicional y clásica, pero reducida ya a sistema, y acrisolada con gran número de observaciones propias, frente por ejemplo, a la obra posterior del Brocense, representativa de la invasión del elemento filosófico y del advenimiento de una nueva ciencia, la gramática general, que contenía pese a sus conclusiones a veces temerarias, el germen de altísimas verdades, confirmadas unas y otras vislumbradas por la verdadera filología. Sería, empero, inadmisibile, que a la luz de las actuales conquistas de la gramática histórico-comparada, se tratase de enjuiciar la obra irartiana, tan meritoria para su tiempo, tan rica en ejemplos, tan bien dispuesta y eficaz para la adquisición del vocabulario, y que tan admirablemente llenó su cometido durante las postrimerías del siglo XVIII y parte del siguiente. Resumen de la experiencia de tantos años de su autor, la bondad del sistema se patentiza en la producción en prosa y verso latinos del mismo, recogida en los dos tomos de *Obras sueltas de don Juan de Iriarte, publicadas en obsequio de la literatura, a expensas de varios caballeros amantes del ingenio y del mérito en 1774, a tres años de distancia de la desaparición de su autor.*

El siglo XVIII señala, a nuestro modo de ver, en el cultivo del latín, si no la aparición, cuando menos la intensificación del barroquismo. Este fenómeno se percibe sobre todo en la poesía, que por las exigencias del hipérbaton, por el abuso de las alusiones mitológicas, etc., venía arrastrando desde las centurias anteriores un marcado hermetismo, si bien no faltan excepciones tan notorias como la representada por la gran figura

del jesuita guatemalteco Rafael Landívar, a quien la posteridad recuerda por su *Rusticatio mexicana*, poema de corte virgiliano.

En la producción poética en lengua latina de Iriarte hay que distinguir los escritos menores —epigramas e inscripciones— de los de mayor aliento, que los colectores de sus obras sueltas clasificaron en profanos y sagrados. En los primeros hizo gala don Juan de su gran conocimiento de la prosodia y de las leyes de la versificación latina, ya al poner en metro los nombres de las musas o de las musas o de los siete planetas o de los cuatro evangelistas, ya al dejar testimonio de su agudeza y arte de ingenio. Traductor de Marcial al español, no se olvide que fue nuestro autor quien condensó las notas características del epigrama en una conocidísima redondilla, reproducida como definición del género por los tratadistas de retórica:

A la abeja semejante  
para que cauce placer,  
el epigrama ha de ser  
pequeño, dulce y punzante.

En esta clase de composiciones parece como si en Iriarte reviviera el espíritu del bilbilitano, ora cuando califica de verdaderamente «sacra» (es decir «sagrada»), trayendo a cuenta la virgiliana «auri fames», «hambre de oro» de ciertos indeseables eclesiásticos, ora si nos habla del sujeto que habiendo sucumbido por el abuso de la leche se marcha a otro mundo («ad inferos») por la vía láctea, ora al esculpir el epitafio en el que un sempiterno bebedor ruega al viadante abstenerse de regar su tumba con lágrimas, que al fin y a la postre son agua, líquido aborrecido del difunto, etc. Otras veces, empe-

ro, y con esto nos vamos a referir a la segunda categoría, antes aludida, de la producción poética latina de Iriarte, elevando éste el tono de sus dísticos elegíacos a argumentos de mayor entidad, sabe hallar el acento justo, transido de hondo sentimiento cristiano, para llorar la muerte de la reina Amelia; o, ya en el terreno de lo meramente profano, recurre al verso heroico para describir morosa y amorosamente una corrida de toros madrileña en su *Taurimachia matritensis sive tauro-rum ludi*. Acercámonos ya, señoras y señores, con unas breves consideraciones sobre este poema, al final de la presente cansada exposición, pasando por alto otros tan curiosos como el dedicado a censurar la suciedad de las calles de la Villa y Corte, que no parece sino que nuestro autor tenía in mente cierto pasaje de un discurso del *Teatro crítico*, en el cual fray Benito Jerónimo Feijoo ponía en la picota al protomedicato madrileño por haber recomendado al monarca que no se limpiasen de basuras los lugares públicos, para evitar el peligro de los «finos aires del Guadarrama», tan ocasionados a contraer una buena pulmonía.

La *Taurimachia Matritensis* «con ser cronológicamente —escribe José María de Cossío— la primera de su especie, es la más pura y desinteresadamente taurina y la mejor también de la serie a que da comienzo».

La fiesta en ella descrita se celebró en Madrid en 1725, ofrecida por el Ayuntamiento a Felipe V. Iníciase el poema con la descripción de la plaza; del público, en el que figuran las mujeres, como diosas descendidas de las mansiones etéreas para contemplar el combate; el rey y su cortejo; los caballos, sabios en adaptar a cualquier movimiento sus robustos cuerpos, mientras el toro, encerrado en los corrales, rumia su cólera en lugar de hierbas («proque herbis ruminat iras»), terrible y enorme, digno de tener por pastor al propio Hércules.

Y al salir a la arena, con qué torva mirada («torvo obtutu») contempla el redondel preparado para la lucha. Unos diestros, enardecidos por el ansia del triunfo, provocan a la fiera con el procaz movimiento del trémulo capote, y hurtan el cuerpo con inesperado quiebro («inopino flexu») otros, más veloces que el Euro, clavan las banderillas a la bestia, que muge y agita la cerviz, por ver si puede sacudirse los agujijones, mientras vomita espumas y arroja fuego por ojos y narices. Síguese la vívida descripción de la suerte final, la habilidad del rejoneador para librar su caballo de la acometida del toro, el cual luce en su testuz una férrea selva de dardos, al paso que la sangre mana por mil heridas de su cuerpo y riega el suelo con su lluvia, hasta derrumbarse por fin, castigando con su ingente peso la enemiga arena, e intentando, aun al caer, nuevas acometidas; sus despojos, arrastados por las mulillas, van dejando en el coso evidentes muestras de su muerte («clara vestigia leti»), como otrora Héctor, arrebatado por el carro de Aquiles, salpicó con la sangre de su cuerpo las murallas de Troya.

Este es, a grandes rasgos, el contenido del poema, escrito en una lengua correctísima, en versos admirablemente contruidos, pero con estilo rebuscado, difícil y, a las veces, oscuro. No obstante, el «proque herbis ruminat iras» («rumia su furor en lugar de hierbas»), y el debatirse de la fiera agonizante, en tanto una muerte magnánima viene a poner fin a su sufrimiento y a la lucha, nos parecen verdaderos hallazgos. Acaso la acción se desarrolle con demasiada rapidez; y así, mientras en la *Taurimachia Matritensis* la reacción del animal acosado se reduce casi a un inane intento de herir ciegamente con el cuerno amenazador, recuérdense la fuerza poética, la habilidad descriptiva y el vigor y aliento singulares con los que Moratín padre encara más tarde

una situación análoga, ora si en su oda a Pedro Romero  
pinta a la fiera corriendo hacia el diestro

veloz, ardiendo en ira,  
y amenazando mira  
el rojo velo al viento suspendido;  
da tremendo bramido  
como el toro de Fálaris ardiente;  
hácese atrás, resopla, cabecea,  
eriza la ancha frente,  
la tierra escarba y larga cola ondea,

ora, cuando en el escenario de *La fiesta de toros en Madrid*, sobreviene Rodrigo de Vibar ante la acobardada morisma,

sonrosado, albo color,  
belfo labio, juveniles  
alientos, inquieto ardor,  
en el florido verdor  
de sus lozanos abriles,

y torciendo

las riendas de oro,  
marcha al combate cruel,

mientras el animal, disparado como flecha y burlado por la habilidad del jinete, brama enfurecido, sintiendo penetrar en su carne la aguda lanza; y al recibir nueva y mortal herida de la sutil punta acerada,

la arena escarbó ofendido,  
sobre la espalda la arroja  
con el hueso retorcido,  
y el suelo huele y lo moja  
en ardiente resoplido,

hasta que

rota con la gran pujanza  
la alta nuca, la fiereza  
y el último aliento lanza.

El profundo conocimiento que nuestro autor poseía de la lengua griega, se patentiza principalmente, como antes dijimos, en una obra que por sí sola bastaría para cimentar su fama. Nos referimos a la que escribió en latín y tituló *Códices griegos manuscritos de la Biblioteca matritense*, cuyo volumen primero, único publicado, salió a la luz en 1769. El análisis detallado de este catálogo fundamental nos entretendría demasiado. Estamos seguros de que quienes conozcan las serias dificultades que plantea la interpretación de las escrituras griegas, en particular la cursiva y la minúscula, enredadas, con alteración de las figuras genuinas de las letras y pródigas en abreviaturas, no dejarán de admirar la pericia demostrada por nuestro compatriota en este extremo, pericia tanto más digna de encomio, cuanto que su autor apenas si disponía para ayudarse en su trabajo de la *Paleografía griega* del benedictino don Bernardo de Montfaucon, publicada en 1709. Y así, no es de extrañar que él mismo pondere el tedio, sudor y fatiga soportadas en la realización de una empresa de tantas dificultades.

Con orgullo podemos exhibir los canarios una figura como la de don Juan de Iriarte, que sobre haber sido altísimo y simpático ejemplo de candor, honestidad e infatigable consagración al estudio, tanto y de tanta calidad hizo en su patria para mantener viva y perenne el fuego sagrado de las letras clásicas. A justo título, la leyenda que circunda su venerable efigie en la lámina que va al frente de su *Gramática* declara haber sido

Iriarte «Graece doctus, doctusque Latine» (docto en lengua griega y docto en la latina); que su erudición hacía de él como una biblioteca parlante, y, sobre todo,—y acaso sea éste el encomio más grato a sus oídos— que fue MUSIS CARUS, es decir, alumno predilecto de las Musas.

*Don Juan de Iriarte: Latinista y helenista*  
se terminó de imprimir en la  
Imprenta Lezcano,  
el día 9 de Febrero de 1981.  
Las Palmas.  
Islas Canarias.

